



Cuentos al atardecer



Taller de técnicas para la
creación de textos literarios

SERIES DE TALLERES VIRTUALES

Cuentos al atardecer

Primera edición digital, FCE, Perú, octubre 2022
Distribución mundial

© 2022, Andrea Acuña Suyo

© 2022, Anghely Camil

© 2022, Erick Fort

© 2022, Luis Xavier Prad

D. R. © 2022, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compiladora: Cecilia Zero

Producción: Ciudad Librería E. I. R. L.

Corrección de estilo: María Inés Gómez

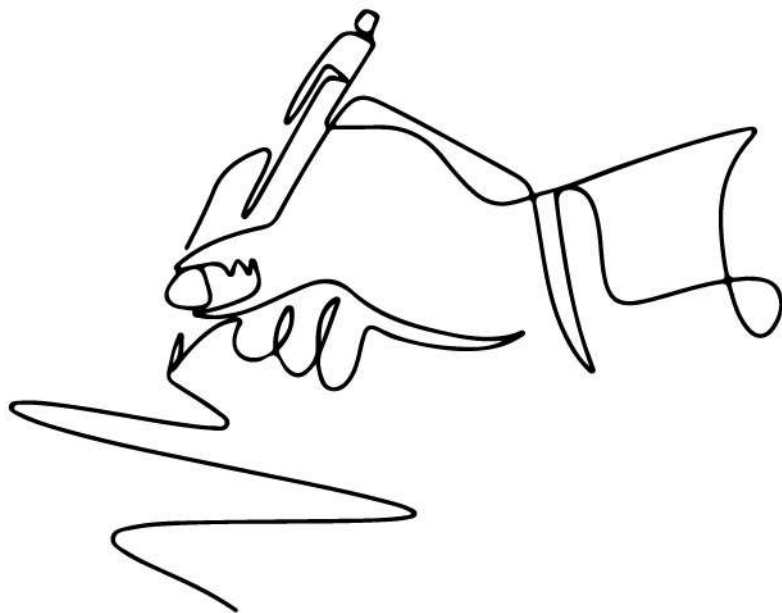
Diseño de portada y diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .



Cuentos al atardecer



Taller de técnicas para la
creación de textos literarios

Índice

El (no) niño de papá

Andrea Acuña Suyo.....7

El Reymundo

Anghely Camil.....16

El rey dormilón que no podía dormir

Erick Fort.....24

El ángel y la espada de fuego

Luis Xavier Prad.....34

Cecilia Zero

Cecilia Zero es escritora de novelas infantiles y juveniles. Inició su carrera literaria a los 16 años con la novela *Perras Memorias* (2002). Tal fue el éxito en ventas que fue distinguida por los medios como ‘la escritora más joven del circuito literario peruano’. Luego publicó *La Reina del Chat* (2005), *Plastilina Rock* (Arsam 2015), *Chica Cafeína*, (SM 2017), *La magia de Lucy* (Lima Lee 2018), *El Club de las historias espeluznantes* (Bizarro 2018), *La Doctora Colmillitos y el bosque de los monstruos* (SM 2020), y la antología de escritoras peruanas *Durará este encierro* (Cocodrilo Ediciones 2021).

Cecilia Zero es Licenciada en Administración de empresas (Universidad Ricardo Palma). Actualmente, estudia una Maestría en Periodismo (Universidad San Martín de Porres).

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica. El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores.

El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo

El conocimiento de las técnicas para la creación de textos literarios es imprescindible en la formación de los narradores. En el taller hemos estudiado y trabajado las teorías de las principales técnicas para aplicar los conocimientos en la elaboración de los presentes textos.

La literatura es una de mis pasiones, por eso fue muy grato elaborar y desarrollar el contenido del curso. También fue una buena experiencia la exposición y el análisis de diversos textos de autores clásicos y contemporáneos.

Mis alumnos, un grupo de chicos muy talentosos y entusiastas, participaron activamente en cada una de las clases enriqueciéndolas con sus respectivos puntos de vista.

Ha sido un honor haberles transmitido mis conocimientos y espero que continúen escribiendo y publicando.

Agradezco al Fondo de Cultura Económica del Perú y a mis alumnos por esta magnífica experiencia.

Cecilia Zero

El (no) niño de papá

Andrea Acuña Suyo

Siempre traté de llenar el vacío que papá dejaba en mí. Es curioso, nunca sentí que ese hombre quisiera tener algún tipo de vínculo conmigo. Recuerdo vagamente que solo me dio seis abrazos, seis caricias y seis besos, lo suficiente para retractarme por haber hablado injurias de él. El vacío en mi pecho se llenaba y lo reemplazaba una tenue esperanza. El gozo se manifestaba en grandes gotas que se convertían en un riachuelo y terminaban por desembocar en la comisura de mi sonrisa, mientras se escuchaba el tamborileo de mi corazón ardiendo. Pero todo esto no fue más que algo efímero. Qué tal manipulación, ¿eh? Si fue sincero o no, ahora no importa. De lo que soy consciente es que, en algún punto de mis nueve años, papá cambió.

Empezó cuando su comportamiento conmigo varió, aquella forma de ser que yo ya creía que era perenne. Si bien sus muestras de afecto eran casi nulas, al menos lo intentaba. Esto era lo cotidiano: veía como sus brazos casi me rodeaban el torso, olía su aliento de nicotina

al acercar sus deshidratados labios para casi darme un beso y sentía la pequeña brisa que generaba su fría mano cuando casi me tocaba el rostro. Acciones incompletas. Acciones que anhelaba y tuvieran un fin. Acciones que esperaba que cambiaran algún día. Pues, mi deseo se cumplió, porque sí cambió. Hasta ahora me sorprende la rapidez en que como algo casi nulo puede pasar a ser algo completamente inexistente.

Sin embargo, la tarde en que me senté en el piso frente a su sillón blanco de algodón para contarle sobre el buen juego que tuve con mamá, vi eso por primera vez.

Una mirada. No como las de siempre. No como las que estaba acostumbrado. Una mirada que reflejaba ya no solo desinterés y rechazo.

Había odio.

Había repulsión.

Luego se le hizo costumbre llegar tarde a casa. Por las noches, antes de dormir, mi mente se preguntaba si papá volvería o no. Buscaba razones para justificarlo y excusas para perdonarlo. Será que mis tribulaciones tomaban fuerza mientras viajaban para posarse en los pensamientos de ella. De mamá. Porque a ella sí le dolió.

Ella trató de entender. Siempre tan linda. Siempre tan comprensiva.

No obstante, hasta la persona más tolerante se podía romper al son del estruendo que produce un vaso de vidrio al verterle agua caliente.

Y llegó aquella noche. Después de comer, mamá se dirigió a su habitación sin siquiera llevar los trastos que ensució al lavadero. Es una señal de rendición, pensé. Puesto que ella esperaba todas las noches a que llegara papá, sentada en aquel añejo sillón rojo ubicado en la esquina más oscura de la sala. Me levanté de la mesa, lavé los platos y, como de costumbre, vi de reojo el cuarto de mis padres al pasar por el pasadizo que lleva a mi habitación. Ella estaba arrodillada en el suelo, frente a la ventana. Como rezando. Como implorando.

Me recosté sobre mi cama y llevé ambas manos hacia mi pecho para controlar los palpitos anormales de mi corazón. Un temblorcillo viajó desde la punta de los dedos de mis pies hasta la última célula de mi cabeza. Sentía algo frío emergiendo de mi piel. Ahí caí en cuenta. Tenía miedo.

De repente nada. No podía pensar en nada. Cerré mis ojos y dejé que eso me llevara. Duérmete, me dije. Y pensé que lo había conseguido.

Solo el grito estremecedor de mi madre pudo sacarme de mi sueño. Supe que la pelea era inminente.

Al día siguiente las consecuencias se hicieron visibles. Papá cambió de cuarto y ya no dormiría con mamá. También, cuando me dirigía a mi alcoba por mi maleta para ir a la escuela, divisé de reojo el cuerpo lleno de moretones y cortes de uno de mis progenitores. No era sorpresa, lo sabía. Sabía que ganaría.

Estaba por tomar las asas de la mochila recostada en mi cama cuando sentí una mano. Esta tomó mi hombro con la intención de voltearme.

—¿Escuchaste lo que pasó anoche? —preguntó la mujer cabizbaja y con una voz apenada. A la vez, se frotó delicadamente los brazos—. No quería arruinarte el descanso.

—Lo escuché. Y...

—¿Y qué?

—Tuve miedo. Por ti. Porque lo quieres.

—Yo estoy bien, cariño —dijo ella levantando una de las comisuras de sus labios. Tratando de mostrar fortaleza.

—¿Me lo prometes? —le dije a aquellos ojos tristes que cambiaron a una expresión más benevolente.

Extendió su brazo y su palma acarició mi rostro. Con ese calor que solo ella sabía dar.

—Claro que sí. Mejor olvidémonos de eso y vayamos por nuestro juego favorito.

—Está bien, mamá. —comenté antes de seguirla hacia la puerta de mi cuarto.

Más adelante entendí lo que le pasó. Entendí que algunas personas necesitan corregir a otras, sea de la forma que sea. Con lo que sea. A pesar de que la quieras. Sin dudar.

Poco después, noté que él prefería pasar sus días libres en actividades comunales y conviviendo con los vecinos. Ya no solo se estaba alejando de mí o de mamá, se alejaba de nuestra familia, de la que fue y de la que podría haber sido. Y quería decírselo.

Hasta que encontró el pretexto perfecto: la búsqueda de una niña del vecindario.

Su presencia en casa se redujo en salir durante el alba y llegar en el ocaso. Pasó la mayor parte de su tiempo investigando y colaborando con los familiares y la policía.

Atento. Tratando de encontrar las pistas antes que todos. Indagando sobre los datos que ya se conocían.

La excusa no le duró más de un mes, todo acabó cuando se halló el cuerpo de la niña en una cuneta a las afueras del pueblo. Sin vida.

A esas alturas, ya no solo regresaba tarde, también se le hizo manía perderse por días sin saber a dónde iba. Fue así como, en una ocasión, se marchó por más tiempo de lo normal. Dejándome una última imagen de él muy rara. Parecía, tal vez, ansioso.

Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Esas fueron las semanas en que se tardó en volver.

Y la imagen extraña permaneció. Cuando llegó estaba todo histérico. Hecho una furia. Probablemente fue por los policías que ahora, aparte de vigilar, se dedicaban a hacer entrevistas y revisar casa por casa.

Mamá había salido y estaba aburrido hasta que escuché el sonido que se producía al golpear los nudillos contra la caoba. Nos tocaba. Tocaron nuestra puerta. Quería saludarlos, pero papá me propuso algo mejor: escondidas. Me emocioné, ¿será posible? ¿Por fin me ves, papá?, pregunté para mí mismo. Me dirigí a un lugar súper secreto dentro de mi pieza: mi ropero. Desde allí

solo llegué a escuchar que la gente se estaba perdiendo. Gente que no regresaba a su hogar. Gente que yo conocía y podía identificar.

Cuando ellos se fueron, papá no me llegó a encontrar. Mejor dicho, nunca me buscó. Lo que quedaba de la mañana, la tarde y parte de la noche fueron mis únicas compañeras. Mamá fue la que me encontró en el tardío anochecer. Me tomó en sus brazos y me llevó a mi cama.

Me di cuenta de que no todo de mí había salido. Algo permaneció atrapado. En ese momento, la esperanza que aún conservaba en mi padre se había ido. Quedó flotando en el aire como una minúscula partícula en ese inmenso ropero.

Por siempre.

Finalmente, ya no dejó que nadie se acerque a nuestra casa. A menos que él lo invitara. Aunque tampoco invitaba a alguien. Se pasaba horas haciendo otra cosa.

Barriendo. Trapeando. Refregando.

Ese hombre pasaba horas limpiando el sótano. El olor de los productos que utilizaba era inigualable. Podía oír cómo movía la alfombra que lo ocultaba, cómo abría la

pequeña puerta y cómo sus pasos golpeaban al descender por la escalera.

Hay mucho que limpiar, decía él. Y repetía. Una y otra vez.

Que parecía un buen hombre, escuchaba de algunos. Pero no lo conocían como yo. Nunca lo iban a conocer tanto como yo. Nunca verían ese lado que solo vi yo. Ese lado tan débil como para aceptarme, como para amarme tal y como soy. Nunca sentirían ese trato que solo sentí yo. Porque siempre estaba ocupado. Siempre estaba ausente. Siempre estaba rechazándome. Siempre estaba odiándome. Y siempre todo, así sea la más mínima y tonta de las cosas, era absolutamente más importante que yo.

Si creen que eso me dañó y causó un trauma en mí, pues lamento decepcionarlos. Yo tengo a mamá. Ella comparte todo conmigo, sus gustos, sus pasiones y su amor.

Sin embargo, es inútil decirles todo lo que ella me dio. Mierda. Ni siquiera sé por qué cuento esto. Me siento mal. No. Me siento enfurecido porque, a pesar de todo, el vacío sigue ahí y no desaparece.

Ni siquiera desapareció cuando una tarde, la policía entró a nuestra casa y en menos de un segundo, convirtieron

a mi padre en una coladera. Acusado de ser un asesino serial, escuché de los oficiales. No me inmuté, no me sobresalté, ni me dolió.

Fue ahí cuando hice el descubrimiento de mi vida. Pensé que él al ser el único que me ignoraba, era el causante de ese hueco en mi interior. Pero ahora entiendo todo. El vacío no era por causa de mi padre. Siempre fui yo, siempre buscando sentir algo.

Y lamento decirte que sigo en la búsqueda. Así que, si te invito a mi casa para jugar, comer, divertirnos o lo que sea, perdóname, aunque sea para que te calmes porque a mí me da igual. Te cuento que será el inicio de nuestro juego favorito. Mamá te llevará al sótano y se sentará en su silla de siempre mientras ve cómo te desollo. Finalmente, abriré tu interior. Tal vez seas tú que estás escuchando. Y ahí, dentro de ti, encontraré la manera de llenar el vacío que siento en mí.

El Reymundo

Anghely Camil

Abro los ojos y... nada... todo es tan monótono, no hay nada nuevo ni especial, todo es tan relativo como una historia sin inicio y sin fin... perdido en la soledad... No sé si estoy vivo o muerto... la emoción que alguna vez sentí por algo... ahora no es más que un triste recuerdo del pasado. Vida, muerte; plenitud, miseria; guerra, paz; amor, odio... Todo lo que alguna vez tuvo sentido... ya no existe, todos estos conceptos... ya no valen nada... tal vez, en algún momento sí tuvieron alguna clase de significado para mí, no obstante, el pasado es el pasado y lo que queda hoy en día no es más que confusión y soledad. Soy un rey... El rey del mundo... el rey de nada... —¡Atención! ¡Todos inclínense ante el Reymundo!— dichas estas palabras, todos se reverencian y abren el paso para que yo pueda llegar a la enorme silla que me aguarda, o como todos la llaman, mi trono. Al llegar, tomé asiento y di la orden para que los demás presentes también se sienten, esta era una asamblea de los Duniva Hoger, una organización que tiene el objetivo

de garantizar el bienestar del mundo, el mundo del cual me han hecho rey, si soy honesto, esto es lo que siempre quise, pero yo... —Guerra aún no llega —informó la general Paz, mi mano derecha, quien interrumpió mis pensamientos para manifestar con molestia aquello que todos habían notado, muchos de los miembros susurraban entre sí —Esperemos un rato —dije tomando aire— de seguro tuvo algo que hacer y llegará tarde.... como siempre... —suspiré. Una hora y media habían pasado hasta que finalmente vimos llegar una figura vestida completamente de negro, era Guerra, quien sin importarle nada pasó de largo por todo el salón hasta llegar a su sitio correspondiente. —¿Quién te crees que eres para llegar a la hora que quieras? —cuestionó el capitán Amor irritado —Sí, ¿Cómo te atreves a actuar de este modo ante el gran Reymundo? —respaldó el mariscal Justicia y muchos más habrían seguido, de no ser porque los secuaces de Guerra salieron a la luz amenazando la vida de los que molestaban a su ama, esto hizo que todos se mantuvieran al margen y yo procedí a dar inicio a la reunión. Pese a que las cosas fueran de este modo desde hace mucho tiempo, aún no me acostumbraba completamente a la idea de ver cómo es que alguien que en algún momento tuvo el privilegio de ser un ser humano, ahora es alguien con tanta crueldad y frialdad como Guerra, de hecho, aún no me acostumbro

completamente a la idea de que todos los Duniva Hoger, en algún momento hayan sido humanos, ha pasado mucho de eso... Siglos atrás... Yo era el hijo de un rey muy importante, un conquistador muy habilidoso, todos en el reino ponían sus esperanzas en mí y rezaban porque yo, al igual que mi padre, logre conquistar tierras nuevas y traer gloria al reino. Mi padre me otorgó el nombre de Misvoy, aún no defino si es un nombre bueno o malo, sin importar todas las veces que se lo pregunté, nunca me dijo el significado de aquel nombre tan exótico, probablemente haya combinado palabras en el momento en el que le dijeron que debía ponerme nombre o... bueno, eso ni siquiera es importante. Fui educado por múltiples maestros, todos querían que yo fuera el mejor gobernante que alguna vez haya existido, y para qué negarlo, yo también lo quería, mi sueño era ser mejor que mi padre y que mi nombre sea conocido por todo el mundo, este era más que un sueño, era mi destino, Vinash, mi prometida, me lo aseguraba día a día, de hecho, en gran parte del tiempo que pasábamos juntos, ella me hablaba de las cosas que podríamos hacer para conquistar más territorios que mi padre y que cualquier otro gobernador existente en el mundo, es por eso que yo me esforzaba sin importar nada, porque mi meta era ser el mejor, ser invencible, ser... —El Reymundo —dijo Vinash con una hermosa sonrisa, yo la miré interrogante

—Tú serás el Reymundo, porque serás el rey del mundo entero— me reí, era increíble como es que esta chica podía tener semejantes ocurrencias, ella era la mejor persona del mundo, era esa la razón por la que quería casarme con ella. El tiempo pasó rápidamente, un día nos enteramos que mi padre falleció en medio de una campaña militar al intentar conquistar un nuevo pueblo, inmediatamente se hicieron los preparativos necesarios y me convertí en rey, el primer paso para cumplir mi meta estaba hecho y el primer mandado que hice como rey fue convertir a Vinash en mi mano derecha, tenía claro que sin ella no lograría mucho y teniendo en cuenta los resultados, no estaba equivocado, tan pronto como le sugerí que termináramos la campaña que mi padre había iniciado, ella se puso manos a la obra e ideó un plan tan bueno que conquistamos más de un pueblo, fortaleciendo al reino. Mi reinado fue excelente, magnífico, todos admiraban al gran rey Misvoy y yo admiraba a la futura reina Vinash, cualquiera pensaría que con el tiempo que fue pasando, ya me habría casado con ella, pues, no, eso no pasó, Vinash estaba realmente comprometida con su trabajo y eso no permitía que nos enfocáramos en algo más que no fuera en las constantes campañas militares en busca de nuevas tierras. Cada victoria me llenaba de gozo, cada halago de mis súbditos me iluminaba el camino y cada momento que pasaba con Vinash

planeando alguna nueva estrategia, me sentía en el paraíso, al fin, mi sueño de la infancia se había convertido en una realidad tan magnífica que parecía imposible. Los años siguieron pasando, nuestro reino siguió extendiéndose más y más, tal fue nuestra fuerza que finalmente terminamos conquistando el mundo entero, literalmente, ya no había más territorios que conquistar, había cumplido mi cometido y... fue entonces cuando me di cuenta de que... no sabía qué más hacer, todo lo que quise, lo había logrado, tenía joyas, oro, tierras, servidores leales, poder, una hermosa prometida y... me sentía tan vacío, que era igual a como si no tuviera nada y... —Misvoy —llamó Vinash acercándose— Mi querido Reymundo, hemos conquistado el mundo entero, quizás podríamos casarnos para celebrar nuestra victoria y luego de celebrar, podríamos... bueno, cariño, verás, estuve leyendo varios libros antiguos de magia y... descubrí que hay más mundos aparte de este, entonces... quizás nosotros podríamos... ya sabes, conquistarlos y ser mucho más poder-... —No —la interrumpí, sabía que, si hacía lo que ella quería hacer, desperdiciaría mi vida en nada, de nuevo —Ya tuvimos suficiente, creo que lo mejor sería tener una vida tranquila juntos, podríamos descansar de las guerras y eso, ¿no crees? Sugerí mirándola con amor, esperando un “sí”, sin embargo, ella me atacó, al parecer, no le gustó la idea. A medida que

arrojaba golpes, iba confesando que siempre quiso tener mucho poder y que me estuvo usando todo ese tiempo, me dijo que ya no era útil, por lo que daría igual si seguía vivo o muerto, siendo así que clavó una daga en mi abdomen, era un dolor punzante que me impedía mantenerme de pie, me retorcí y caí al suelo... En mi vida había experimentado traiciones, pero ninguna había sido tan dolorosa como esa... De vuelta a la reunión... —¡El mundo no sobrevivirá sin conflictos! —declaró Guerra, quien no había demorado más de 5 minutos en meterse en otro lío, dejando notar su don natural para caerle mal a todos. —¡Estás loca! —contraatacó Paz— Los conflictos destruirán al mundo, no hay manera de que estos lo salven, ¡eres una psicópata! La histeria era más que notoria en la sala, ya estaba cansado de esto, si me convertí el líder de los Duniva Hoger, fue por un trato que hice con seres superiores, los cuales me dieron la oportunidad de seguir con vida en caso de hacerme cargo del bienestar del mundo y de mantener al margen a Vinash, quien, con fuerzas superiores, iba a conquistar otros mundos, felizmente logré detenerla, pero gracias a las fuerzas superiores de las que se apoyó Vinash, ella consiguió la manera de hacerse eterna y para evitar que ella destruya el mundo, a mí también me eternizaron y me hicieron rey de una organización muy importante, cuyos integrantes serían elegidos por mí, yo me convertí

en el Reymundo; la capitana Faith, en la general Paz; el mariscal Karyayre, en el capitán Amor; el marquez Kusvisa, en el mariscal Justicia, etc... Y sí, Vinash se convirtió en Guerra, aunque, siendo honesto, creo que deberían llamarla “Destrucción”, es el nombre ideal para ella, destrozó vidas, pueblos, hogares, casas, templos, ejércitos, destrozó mi confianza y destrozó mi corazón, tanto la amé que nunca me di cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, ella fue mi destrucción y la destrucción del mundo... —Sin conflictos, la gente no sabría el significado de la paz, ni de la justicia— aclaró Guerra— Admito que tal vez sea una psicópata, arrogante y ávara. Sin embargo, yo sé que no tiene caso tener poder si no existe un mundo en el que usarlo —dijo mirando a todos— Los Duniva Hoger quieren una utopía, sin embargo, una utopía no sería real, ¡Recuerden! Todos los aquí presentes fueron humanos en algún momento, saben que todos tienen distintos ideales, no hay manera de que los conflictos dejen de existir, es por eso que existen las guerras, estas se producen para que luego la gente aprecie lo que es la paz, el amor, la justicia, la honestidad y demás— Guerra tomó un poco de aire y continuó— Y si al final el mundo se destruye, habrá sido porque así tenía que ser La destrucción salvará al mundo... eso no tiene sentido, sin embargo, si tomamos en cuenta algunas cosas... muchos mitos representan un conflicto que lleva a los personajes

a una mejor vida, supongo que tiene verdad, la vida es muy rara, incluso si no sé si estoy vivo o muerto, si estoy solo o acompañado, solo sé que esta vida durará por toda la eternidad, soy el Reymundo, el rey de nada, el rey de algo que dentro de poco ya no existirá, aunque, Guerra tiene razón, si el mundo se destruye, será por algo, pues, las cosas siempre pasan por algo y siempre hay algo nuevo que aprender... He llegado a un punto en el que mi existencia no se siente relevante, todo lo que llamo vida, ahora no es más que una monotonía, sin embargo, aún siento que hay cosas importantes que puedo y debo realizar, entonces, si hay algo que todavía se pueda hacer por el mundo que gobierno, escucharé las sugerencias... Es de esta forma que lleno de esperanza, recorro y analizo todas las ideas en mi mente, la cual termina pensando que... Si mi destrucción es capaz de salvar el mundo... Estaré dispuesto a dar lo que sea necesario...

El rey dormilón que no podía dormir

Erick Fort

Había una vez en un país muy lejano, un Rey que vivía en un bello castillo de color azul. Este rey era muy querido por todo su pueblo, porque era bueno y ayudaba a todos. El monarca se llama Erick, pero todos los conocían no por su nombre de pila, sino por un pelicular hábito que tenía, aun así, todo su reino como los reinos vecinos, lo amaban por ser un soberano justo y recto. Todos lo amaban, menos una temible hechicera...

El palacio era hermoso, y tenía una vista majestuosa. Los salones eran grandes y estaban bien decorados con inmensos espejos y cuadros, también abundaban bellos jardines con una gran variedad de flores como rosas, siendo la más hermosa, una flor conocida con el nombre de bello amanecer (la favorita de la Reina).

El Rey administraba su país con justicia y equidad, siempre en beneficio de su pueblo; tenía un séquito de

servidores y asesores en la corte real que lo orientaban sabiamente para que gobierne y administre correcta y adecuadamente en beneficio de su país y reino (siguiendo los mismos pasos de su padre y abuelo, que le inculcaron desde muy niño los valores éticos y morales, así como las aptitudes y características de un buen monarca).

El Rey tenía muchos hobbies, le gustaba salir al campo a pasear con su amada esposa Camilla y sus dos pequeños hijos de nombres Arturo y José, a veces también los acompañaban las mascotas de la familia. El monarca también gozaba de la buena lectura, la buena comida (su plato favorito era el lomo de carnero con salsa), los viajes a los reinos vecinos (para conocer los espléndidos lugares de otros países), el paseo por las calles de su pueblo y saludar a sus súbditos; pero lo que más le gustaba era dormir (dormir mucho y en todo momento, por eso lo conocían en el reino y en los demás países, como el Rey Dormilón). No lo llamaban Rey Erick, sino con el tierno apelativo de Rey dormilón y al monarca le agradaba la idea, ¡Dormilón!

El Rey dormía a cualquiera hora y en cualquier lugar, donde hubiera una cama o un lugar cómodo para descansar. Le gustaba dormir con un pijama de color blanca que contenía la imagen de un angelito durmiendo; en el cuarto del monarca, había una enorme cama con

un blando colchón, además diez cojines de algodón y seda traídos especialmente del país de Turquía y una abrigadora frazada de color marrón (regalo del mismo faraón). El Rey tenía todas las comodidades para hacer lo que más amaba: tomar una larga siesta.

Así pasaba el mayor tiempo, durmiendo y durmiendo, aun así, el rey dormilón no descuidaba sus obligaciones con su pueblo y siempre los atendía, a pesar que el monarca prefería seguir disfrutando de su cómoda y gigantesca cama. Ordenó a su secretario colocar cuadros con mensajes alusivos al placer de dormir en las paredes del interior y exterior de su cuarto. A pesar que era dormilón, su pueblo lo amaba por su bondad, caridad, y porque siempre los recibía y atendía aún en pijama a altas horas de la noche. En más de una oportunidad, su esposa, la Reina Camilla, lo despertaba para que atiende a su pueblo o cumpla con sus obligaciones como monarca.

El Rey dormilón guardaba con mucho celo en la bóveda real los tesoros del reino, entre ellos una piedra preciosa de multicolores que había pertenecido a su señora abuela que había sido reina años atrás.

—Cuando era reina, el Hada Buena Sofia me entregó esta joya, mientras la poseas, tu reinado será prospero. No la descuides en ningún momento. ¡Vigíla!, ¡protégela!

— rogó la abuela minutos antes de morir, por eso siempre hubo guardias reales que protegían la bóveda real día y noche.

En un lugar alejado del reino, se encontraba la temida bruja Perversina; era hija de la también bruja de nombre Demoniaca. Esta malvada bruja junto con las demás brujas de ese país, se reunían una vez al año en la época de mayor calor (según sus creencias era el mejor momento para realizar su convención de brujas y hechiceras). En dicho evento, Perversina participó en muchas competencias y actividades para medir sus habilidades en brujería. El objetivo de esta convención era determinar quién era la bruja más poderosa de ese año. La convención duró tres días. Al tercer día, la bruja Perversina encabezaba la lista de puntuación. La segunda bruja que estaba en la lista era la bruja Luciferia; Perversina estaba haciendo una excelente demostración de hechicería, demostrando hasta ese momento ser la mejor bruja del reino. Las demás competidoras la miraban con celo y envidia, diciendo: Perversina, es buena en brujería porque su madre la bruja Demoniaca le enseñó.

En la actividad final de la convención, que consistía en realizar un conjuro para convertir un árbol en un lobo, el único material necesario era utilizar una piedra preciosa de multicolores; Perversina empezó la competencia,

todo estaba saliendo bien, pero de pronto, cayó un rayo del cielo directo a esta piedra preciosa, desapareciéndola al instante. La bruja se enfureció con el rayo y luego se puso a llorar por la pérdida de su valiosa piedra. Esta piedra preciosa la había acompañado toda su vida y era una fuente importante de su poder y brujería. No sabía qué hacer, hasta que recordó que el Rey dormilón tenía una piedra muy similar; entonces ella pensó, iré a ver al Rey y no se negará a entregarme esa piedra por miedo a que lo embruje con alguno de mis hechizos.

Un día, la bruja Perversina llegó al palacio junto con su gato de color negro, llamado Leviatán. Era conocida por ser mala y muy temida ya que los habitantes del reino sabían de sus hechizos y maleficios hacia aquellas personas que no hacían lo que deseaba. Cierta vez, la bruja Perversina convirtió a una señora en una rana por negarse a prestarle una escoba y un recogedor; en otra ocasión, esta malvada hechicera desapareció los caballos de un agricultor porque él se negó a entregarle una bolsa de verduras y frutas. Era muy mala por eso todos le temían.

La bruja Perversina pidió al secretario del rey dormilón una audiencia para hablar con el monarca en privado. El rey temeroso de las represalias por parte de la hechicera,

cedió y aceptó recibirla en privado, concediéndole cinco minutos.

Estando solos, la bruja Perversina le pidió al rey dormilón que le entregue la piedra preciosa que había pertenecido a su señora abuela, ya que la necesitaba para un gran hechizo; a cambio le ofreció al monarca mucha prosperidad y riqueza en su reino. Pero el rey dormilón, recordando todo lo que le dijo su difunta abuela (cuando era niño) se negó rotundamente, causando la molestia e ira de la bruja malvada. El rey con miedo, volvió a decirle por segunda y tercera vez a Perversina que no le entregaría jamás lo que solicitaba.

Ante la negativa, la bruja Perversina, realizó un embrujo sobre el rey dormilón, el cual consistía en que no podría dormir, por más cansancio que él tuviera. En ese momento, el rey no prestó mucha atención y pensó que su sueño sería más fuerte que el hechizo de la bruja; Perversina se retiró con su espantoso gato, mientras se reía muy fuerte en forma maligna y repetía estas palabras una y otra vez: “duerme mi querido rey, te espera tu cómoda cama, jajajajaja...”; así pasaron las horas y los días el rey sufría porque no podía hacer lo que más le gustaba, sus ojos se caían de sueño, pero no podía dormir.

Pasaron las semanas y meses, el rey dormilón parecía enfermo, con sus ojos muy decaídos se vía como un muerto andante. Consultó a los mejores médicos del reino, pero ninguno tenía una solución. Todos decían que el rey estaba poseído por un hechizo maligno y que no podría ser tratado por la medicina, sino por un hada de buen corazón.

El rey dormilón se enteró que en la montaña vivía el hada buena, de nombre Sofía (junto a su gato de color blanco y de la paz de nombre Andrómeda), y que era experta sanando maleficios de cualquier hechicera, incluyendo los embrujos de la poderosa bruja Perversina. El monarca mandó que la trajeran lo antes posible, ya que se moría de sueño y no podía hacerlo hace mucho. El rey comentaba con mucha tristeza: “Como extraño dormir, como extraño cuando feliz en mi camita, buuuuu...”.

El hada buena llegó al palacio al cabo de tres días y le dijo al rey dormilón que su hechizo se rompería si olía una bella flor mágica de color amarillo que sólo crecía en el árbol más alto en la montaña, pero se encontraba al sur oeste del reino a dos semanas de camino a caballo y tres días a pie.

Sofía dijo al rey que el viaje sería muy peligroso y que en esa zona había mucho frío y humedad; que debían

tener cuidado de los cocodrilos de cuatro ojos y no ser devorados por éstos, y de los duendecillos de treinta centímetros de color verde, ya que les gustaban molestar a las personas que invadían su territorio y en algunos casos hasta hacerles daño.

El rey dormilón organizó una búsqueda con sus más fieles y valientes servidores a la montaña, los equipó con todo lo necesario (abrigo, frazadas, comida y agua). Una comitiva de veinte personas fue enviada rumbo a la montaña, prometiéndoles riqueza y tierras si llegaban con la flor mágica.

Luego de seis días de intenso trabajo, en la cual, muchos se enfermaron por el fuerte frío que abundaba por esos lugares, llegaron a los pantanos, los cuales estaban llenos de los famosos cocodrilos de cuatro ojos, unos animales que medía entre cinco a ocho metros y que eran muy fieros y temibles; la comitiva del rey atravesó los pantanos con mucho cuidado; todo estaba saliendo muy bien, ya falta poco para cruzar, cuando se pronto uno de los integrantes grito: ¡ayyy!, ¡auxilio!, me atrapó el cocodrilo de cuatro ojos.

Lamentablemente fue devorado al instante. Sus compañeros guardaron un minuto de silencio y luego siguieron adelante para cumplir con su misión real.

Después de dos semanas de viaje a caballo, llegaron al bosque que estaba al pie de la montaña, amarraron sus caballos en un gran tronco e ingresaron al territorio de los duendecillos de treinta centímetros de color verde; estos pequeñitos eran traviesos, se divertían haciendo bromas y molestando a todo aquel que invadiese su territorio y si era violentada su tranquilidad, podían ocasionar daño a cualquier ser humano.

La comitiva del rey seguía adelante subiendo la montaña, cuando de pronto escucharon a los duendecillos cantar. Al principio era un sonido dulce, pero con el paso de los minutos se convirtió en infernal, causando molestias entre todos. Mas adelante, se encontraron con dos duendecillos que empezaron a tirarles cebolla picada, causando fastidios y asco; ante esto uno de los integrantes tuvo la mala idea de tirarles piedras, por lo cual, estos duendes en venganza, dejaron de tirarles la cebolla, armaron su arco y flecha y le dispararon cinco grandes flechas, las cuales tenían veneno en la punta, causándole inmediatamente la muerte a ese señor. Los demás, no hicieron caso a los duendecillos y continuaron con la misión (siguiendo las recomendaciones del hada buena Sofía).

Finalmente, después de tanto trabajo y habiendo superado los inconvenientes de los cocodrilos de cuatro

ojos y a los duendecillos de treinta centímetros de color verde, consiguieron llegar con mucho esfuerzo al árbol más alto y bajaron la flor mágica para alegría de todos. Regresaron al palacio real, y el rey dormilón, al momento de oler la maravillosa flor, recuperó el sueño y se puso dar un merecido descanso por varios días. Quedando muy agradecido con el hada buena Sofía, y con sus valientes servidores, a los cuales recompensó generosamente luego que se despertó de su largo sueño.

El ángel y la espada de fuego

Luis Xavier Prad

El conocimiento es poder, pero el conocimiento no es sabiduría. La sabiduría es la capacidad de usar de manera óptima el conocimiento. También implica hacer a un lado las emociones para tomar la mejor decisión. Desafortunadamente, el corazón del hombre es engañoso y mal consejero son los sentimientos. Actuar por emoción es lo opuesto a la sabiduría. Pero ese mal no es solo sufrido por los humanos, hay otros seres que también lo padecen. Más allá del tiempo tal como lo conocemos, incluso antes de la creación de la vida en la Tierra, en la eternidad una guerra se viene tramando, una traición inaudita. Y es que no solo el corazón del hombre es perverso, sino también el de los ángeles.

La eternidad es gobernada por el Dios Viviente, todo ha sido creado por él y su trono se alza por encima de todo. Rige con justicia. Aunque claro, como ocurre siempre en un reinado, hay quienes están disconformes. Todo empezó

con un ángel, el más bello de todos. El Dios Viviente le otorgó el don de las artes, y le concedió el privilegio de tocar música para él en su presencia. Tal beneficio incluía que este ángel podía estar mucho más cerca de él que el resto. Casi al lado del trono de Dios. Esto le gustó mucho al ángel escogido, y creyó que tal honor era por mérito suyo. Que el Dios Viviente al ser justo lo eligió por ser el más bello de entre todos. Con el tiempo la vanidad y la soberbia corrompieron su corazón. Y sus pensamientos comenzaron a ver con deseo el mismo trono de Dios. Las alabanzas lo embriagaron olvidando que no eran para él, sino para su creador. Y es que él estaba más cerca que nadie del Dios Viviente, escuchaba la adoración que le ofrecían y pensó que debía ser él quien la recibiera. Ese ángel se hizo llamar el Adversario y confabuló con los demás que también estaban cegados por la codicia, para derrocar al Dios Viviente.

Pero había un ángel llamado Kaiane, que no estaba de acuerdo con esa conspiración. Ella valoraba toda forma de vida, siempre preferiría evitar la pelea, aún si eso le significa un gran sacrificio. Ella soñaba con un mundo perfecto regido por el amor donde nadie tuviera que volver a combatir jamás. Gobernado de manera justa por la sabiduría. Donde cualquier mala acción se castigaría, pero al final, cuando el transgresor llegara a su muerte, se

le otorgaría el perdón, purificándolo para que así tuviera un descanso pacífico. Porque para ella, aún el corazón más maligno merecía piedad al término de sus días. Las acciones del Adversario contradecían ese deseo utópico de Kaiane. Ella quería oponérsele, hacerlo recapacitar, pero sabía que él lo tomaría como una afrenta y que eventualmente terminarían luchando. Eso destrozaba su corazón. Fue entonces que antes que la rebelión contra el Dios Viviente comenzase decidió huir. No sería fácil puesto que ella tenía que ir al frente del combate. Pero llegado el momento no se presentó. Los ángeles rebeldes vieron menguadas sus fuerzas por la ausencia de Kaiane, y se encontraron en desventaja. Y es que el mismo día de la batalla mientras la sangre era derramada ella aprovechó la distracción para poder escapar. Voló a toda prisa, lo más veloz que pudo, a lo lejos solo oía lamentos. Prefirió traicionar a sus hermanos ángeles antes de traicionarse a sí misma. Atravesó el universo entero, viajó por dimensiones, galaxias, infinitas estrellas, hasta que finalmente llegó a la órbita de la Tierra. Hubo algo que capturó poderosamente su atención, era como un ruego, una súplica, una voz que la llamaba. Era un deseo que le pedía ayuda. Descendió a la atmósfera, en ese instante hubo un gran temblor como si el mismo planeta no estuviera preparado para recibirla. Tembló también la luna y el sol se estremeció. Su presencia era de una

naturaleza incompatible, de un origen diferente, es por ello que alteraba el mundo de los humanos. Al aterrizar se dio cuenta que era un lugar completamente distinto de donde ella venía. Parecía como si estuviera deshabitado, como si la vida aún no existiera en él.

Perdió la noción de cuánto tiempo pasó desde su llegada, cada día era igual, no tenía mucho que hacer en su exilio. Efectivamente el planeta estaba desolado, no era más que tierra y agua, el único sonido que podía escuchar era el de sus propios pensamientos. La culpa dentro de su cabeza gritaba tan fuerte que en ocasiones creía que perdería la razón. Los recuerdos de su vida pasada la atormentaban, la traición, su alma estaba manchada con la sangre de sus hermanos. La soledad era mucha y la comenzó a enfermar, desgarraba su corazón hasta el punto de anhelar con todas sus fuerzas a la muerte. Poco sirve la vida sin un propósito, pero Kaiane estaba a punto de encontrar el suyo de una manera que ella jamás lo hubiera imaginado. Descubrió que había algo en el lado más apartado del planeta, en un volcán. Era una presencia que le resultó conocida. Aquello parecía una energía cálida, tierna, muy poderosa, pero a la vez indefensa. Era como un llamado, como un pedido de auxilio, una súplica. Recordó que fue esa misma sensación la que la llevó a aterrizar en la Tierra. Avanzaba como si estuviera

controlada por alguna especie de trance hipnótico. Caminaba hacia el lugar como atraída por el canto de una sirena. Fue entonces cuando descubrió lo que era. Se dio con la sorpresa de que se trataba de un huevo.

Aquella revelación la tenía perpleja, ella no era el único ser vivo, había alguien más. Una criatura indefensa que la necesitaba, que dependía de ella para sobrevivir. ¿De dónde había salido? Ella había recorrido varias veces el planeta y no había nadie más. ¿Tendría una madre?, lo cierto es que necesitaba una, pero solo imaginarse a si misma cumpliendo esa función la espantaba. Sin embargo, el ser dentro del huevo era semejante a ella, de una naturaleza similar, provenía del fuego, del poder de llamas eternas. Kaiane sintió compasión y aún en contra de sus miedos decidió cuidar de él. Y cada día que le brindaba sus cuidados, el corazón del ángel iba cambiando. Aquel pequeño ser del cual aún no sabía su apariencia le obsequió un sentimiento que hasta ahora desconocía, la ternura. Al mismo tiempo surgió la vida en la Tierra, como si de la mano de ese vínculo hermoso entre ellos, se gestara la existencia misma. Aparecieron los primeros animales. Los mares se llenaron de seres y el cielo fue impregnado de criaturas con alas. Reptiles se arrastraban por la tierra y otras bestias corrían en cuatro patas. Los árboles que ahora poseían frutos estaban

plagados por peculiares ejemplares que cantaban. Kaiane no podía creer lo que acontecía. La vida se abría camino frente a sus ojos. Definitivamente no volvería estar sola nunca más. Completamente fascinada desplegó sus alas y salió a inspeccionar el planeta entero. Llegó a la playa y se adentró en sus aguas, había peces en ella, nadó más a fondo, encontró delfines, y ballenas. Alzó el vuelo y descubrió infinitas clases de aves. Se hallaba tan feliz que olvidó por un segundo el propio ser viviente que ella tenía que cuidar. Fue entonces cuando un presentimiento invadió su pecho, tan agudo como una afilada aguja.

Voló a toda a prisa al volcán mientras se culpaba a sí misma por ser tan imprudente. Cuando llegó encontró a una criatura de dientes afilados caminando con dirección al huevo. Por un segundo el pánico se apoderó de ella. El animal no quería hacerle daño al huevo, mucho menos comerlo, pues él se alimentaba solo de las hierbas del campo, lo que lo atrajo hasta el volcán era simplemente curiosidad. Cuando ella pudo reaccionar de su espanto intentó llamar a la bestia, pero no tuvo éxito, trató de llegar antes que él pero ya era tarde, se encontraba frente al huevo y lo olfateaba.

Kaiane sintió temor e hizo algo que hubiera preferido evitar, usó los poderes que le confería su naturaleza de ángel, aun así, evitó lastimar a la bestia, y simplemente

lo privó del movimiento. Corrió hacia el huevo al tiempo que este empezaba a desquebrajarse. Sintió de nuevo el llamado de ayuda. Una súplica pidiendo rescate. Kaiane quería ayudarlo, lo deseaba con todas las fuerzas de su corazón, pero sabía que no podía, aquel nuevo ser tenía que salir del cascarón él solo. Pues era ahí donde obtendría la fuerza necesaria para sobrevivir. El romper el huevo desde adentro es la primera prueba del recién nacido, ayudarlo equivaldría a condenarlo. Ya que sus extremidades necesitan ese esfuerzo para fortalecerse, caso contrario nacería atrofiado. La criatura chillaba y clamaba por ayuda. Kaiane temblaba, pero sabía que no debía hacerlo, era su pelea.

—Puedes hacerlo...vamos... Yo sé que puedes...—lo alentaba ella.

El ser intentaba empujar hacia fuera pero la cáscara era muy resistente. De pronto el temor invadió a Kaiane, no el de ella, sino el de la criatura, ella podía sentir de manera extraordinaria la misma angustia por la que estaba pasando. Todo a su alrededor se tornó oscuro, percibía los ruidos del exterior que lo atemorizaban, comprendió que aquel ser no se creía capaz de poder salir. Kaiane buscó tranquilizar su mente. Cerró los ojos y pudo oírlo.

—Ayúdame, tengo miedo, la oscuridad no me gusta, por favor ayúdame...

—Esto es algo que debes... —Kaiane se sintió mareada, le faltaba el aire, la criatura estaba perdiendo fuerza y eso la afectaba también a ella. No lo lograría.

—Debes hacerlo tú solo... Ya no solo por ti, yo también dependo de que tengas éxito, si no lo logras ambos moriremos...

En ese instante los recuerdos surcaron la mente de los dos, Kaiane descubrió que el huevo no tuvo madre, simplemente siempre estuvo ahí aguardando, y él pudo sentir cada momento en que Kaiane lo cuidó. Pudo acceder a memorias donde ella conversaba con él y por las noches le cantaba con dulzura. Ahora esos recuerdos parecían tan lejanos, tan dolorosos, la voz de Kaiane era casi inaudible, y su fuerza vital se apagaba, todo era oscuro, la bulla de afuera era mucha, no lo podía resistir, era un sentimiento muy incómodo, era más que eso, era asfixiante, miedo, temor a la muerte, enojo, irá, encierro, oscuridad, de pronto un grito, un llanto, Kaiane se desplomó en el suelo inconsciente, el huevo se rompió y la bestia recuperó el movimiento.

Era un lugar oscuro y el miedo se podía percibir en el aire. El ambiente era pesado y la tierra bajo sus pies ardía como

lava. Kaiane se dio cuenta que aquello era una suerte de cueva, de inmediato pensó que se trataba más bien del volcán, pero no era así. Decidió avanzar para investigar, pero a medida que se adentraba la cueva se iba haciendo más pequeña, la temperatura aumentaba, no había luz. Avanzaba a tientas, se arrastraba pecho a tierra. Sintió que el techo ya le golpeaba la espalda. Se oyeron gritos aterradoros, eran intensos también parecían llantos. Sintió algo húmedo en su rostro, lo palpó con sus dedos, luego lo llevó a sus labios para saborearlo y descifrar de que se trataba. Era un gusto salado y espeso. De pronto la cueva tembló y el techo colapsó sobre ella.

Despertó espantada, miró sus manos, sus dedos estaban teñidos de rojo al igual que su rostro, era sangre. ¿Sangre? ¿De quién? Un lamento horrible capturó su atención. Volteó a ver y descubrió con espanto que la bestia de colmillos afilados yacía muerta en el suelo y un ser extraño con plumas como de fuego lo estaba devorando. A su lado se encontraba el cascarón del huevo roto. El animal aún estaba vivo mientras su predador lo engullía. Kaiane gritó horrorizada. La criatura de fuego se asustó y corrió a esconderse. Kaiane no podía creer lo que había presenciado. Lloraba desconsolada. Jamás hubiera podido pensar que aquel ser de infinita ternura al que cuidó por tanto tiempo fuera capaz de realizar un acto tan cruel. Los chillidos del animal a sus pies la sacaron

de su introspección. Lo miró, vio el sufrimiento en sus ojos. Se topó con la súplica en sus pupilas. Se dio cuenta que él también lloraba. Cerró los ojos, gritó con inmensa rabia y con un golpe de su mano le dio muerte. Se dejó caer al suelo y se sintió morir también, algo dentro de su inquebrantable espíritu falleció ese día.

Kaiane valoraba toda forma de vida y detestaba la violencia, sin embargo, el sufrimiento ajeno, para ella, pesaba mucho más que cualquier cosa. Es por eso que lo mató. Pero al hacerlo sintió que se había fallado a sí misma, a sus convicciones.

El ave de fuego que permanecía escondido pudo sentir en su corazón el dolor por el que atravesaba Kaiane, pero no lo entendía. Él no hizo más que defenderse de la bestia y luego lo devoró porque tenía hambre. Sin embargo, el llanto de Kaiane compungía su ser, se dispuso a acercarse para darle consuelo, avanzó lentamente, con mucha cautela. Ella permanecía postrada en el suelo llorando y sus manos tapaban su rostro. La criatura alada ya estaba a escasos centímetros de Kaiane, cuando ella lo sintió y de forma involuntaria le dio un brusco golpe con su brazo y gritó: ¡Largo de aquí! El ave pudo esquivar el golpe, pero quedó espantado con semejante reacción. Cuando Kaiane se percató de lo que había hecho ya era tarde, el ave había extendido sus alas y había escapado presuroso.

Kaiane no supo cómo reaccionar, una parte de ella quería volar tras él y pedirle perdón por haberlo agredido, pero otra no lo quería ver nunca más por el acto tan ruin que acababa de cometer. La duda la paralizó y un miedo intenso se apoderó de su vientre, su cuerpo temblaba, no podía dejar de llorar. Gritó intentando acallar con ese acto su infinito sufrimiento.

Y es que el conocimiento sin sabiduría es inútil. Kaiane no se volvió a amistar con el ave de fuego, es más, el rencor de la criatura alada hacía ella la convirtió en su enemiga. Con el tiempo el ave de fuego comenzó a cazar por diversión y la sangre de sus presas le otorgó un deseo perverso por hacer el mal. Kaiane con todo el dolor de su corazón tuvo que enfrentársele. Pelearon en un combate sin igual en el aire, el cielo mismo parecía desquebrajarse con cada uno de sus ataques, hasta que finalmente Kaiane le encajó un golpe mortal que hizo desplomar al ave, y ahí donde cayó selló su cuerpo convirtiéndolo en una inmensa espada de fuego. Cuenta la leyenda que mientras ellos combatían, el ser humano, que ya había aparecido en la Tierra, estaba pecando contra el Dios Viviente y por ello siendo expulsado del paraíso. Y se dice también que Kaiane es el ángel al que Dios puso en la puerta del Edén para que vigilara que el hombre jamás intentará volver, y que el ave de fuego era la espada que dicho ángel portaba.



SERIES DE TALLERES VIRTUALES